

así lo aceptaron, porque ellos no dudaban ni de la verdad de las palabras de Jesús, ni de su poder para realizarlas, y así lo hemos de entender y aceptar nosotros, porque *Cristo es Hijo de Dios vivo y puede hacer cuanto quiere.*

**16.** Se trata, pues, de una *manducación real*, y así lo comprendieron hasta los mismos judíos, quienes, asombrados, dijeron, altercando unos con otros: *¿Cómo nos puede dar éste su carne á comer?* Y Jesús, en vez de disuadirles de esta idea, les confirma en ella, diciéndoles: *OS ES NECESARIO comer mi carne y beber mi sangre; porque si no lo hicieréis, no tendréis vida en vosotros* (Joann., VI, 54); es decir: «No podréis salvaros.—OS ES ÚTIL recibirme en alimento, porque sólo de esa manera os resucitaré gloriosos en el último día.» (Joann., VI, 55.) Y para que acaben de vencerse sus corazones rebeldes, les insinúa inmediatamente la razón diciendo: *Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.*

Aquí no caben dudas, por más que disparaten los herejes—El Señor pone como un sello divino á esta enseñanza, por estas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y Yo en él; vive por mí, como Yo vivo por mi Padre.* (Joan., VI, 57.) Lo cual equivale á decirnos: «Como Yo vivo por la unión que tengo con mi Padre celestial, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma en el Santísimo Sacramento, vivirá también una vida eterna sobrenatural y divina por la unión que tiene conmigo.» ¡Qué promesa tan magnífica y consoladora!

**17.** He aquí, en breve resumen, lo que hemos llamado *preparación á la Eucaristía*. Las *figuras* que la delinearán están terminantes; las *profecías* son expresivas y clarísimas; la *promesa* es de nuestro Señor Jesucristo, Verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos. ¿Qué resta ya? ¡Ah! Únicamente comprobar la realidad dogmática de la Eucaristía por *el hecho histórico de su institución divina*, tal como la hallamos expresada en la narración evangélica. Dulcísimo y amorosísimo Señor sacramentado, océano de amor y de santidad para los humanos corazones, manjar suavísimo para nuestras almas necesitadas, prodigio de los prodigios de Dios, amor de los amores divinos: iluminad nuestro entendimiento para que podamos vislumbrar siquiera los fulgores inefables de la doctrina eucarística, y exponerla con sencillez á las almas fieles, y que ellas, y nosotros, y todo el linaje humano, caigamos postrados en humilde acatamiento ante vuestra Majestad soberana, diciendo una y mil veces: *¡Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento!*

## CAPÍTULO XIV

### Institución y motivos de la Sagrada Eucaristía.

- 1.** Circunstancias de la institución de la Eucaristía — **2.** Naturaleza de esta institución. — **3.** Jesucristo se contiene en la Eucaristía.

**D**IOS nuestro Señor, criador de cuanto tiene ser, y que en su infinita sabiduría lo ordenó todo perfectísimamente, hizo en lo material que á los esplendorosos rayos del sol precedieran los débiles fulgores de la aurora, y por modo semejante tuvo por bien que en lo moral el soberano misterio eucarístico fuera precedido de *figuras, profecías y promesas*, como pálidos reflejos de la realidad del Sacramento. Ya hemos indicado dichas figuras y profecías, y también la solemne promesa que de tan augusto misterio hizo el Salvador del mundo á sus discípulos y á los judíos; ahora resta sólo declarar su exacto cumplimiento en la *institución divina* de la Eucaristía, según la narra el Santo Evangelio.

**1.** Mucho deben notarse las circunstancias de esta institución, pues la hizo Jesucristo en la víspera de su muerte, en presencia de sus discípulos, al fin de la cena legal, después de haber comido la carne del cordero figurativo (1), como diciendo: «Hagamos el tránsito de la figura á la realidad: ahora que voy á salir de este mundo, ahora que son los momentos más solemnes de mi vida, ahora que mis palabras revisten forma de testamento y se os quedarán mas impresas..., ahora quiero dejaros los tesoros de mi corazón divino, quiero hacer vuestros mi cuerpo, mi sangre y mi vida; quiero instituir el Santísimo Sacramento para vosotros, y como prenda del amor que os tengo.» ¡Oh amor inmenso del corazón de Jesús!

(1) Así lo exponen San Jerónimo y Santo Tomás. Véase Suárez, t. XX, p. 737 á 758. edición de París, 1877.

2. Nótese también cuán grandiosa es la importancia de esta institución, pues ella nos ofrece á la vez *un dogma* que creer, *una ley* que observar, *un Sacramento* que recibir y *un testamento* que ejecutar. En cuanto dogma, debe ser expuesto *con toda claridad*; en cuanto ley, *no puede tener ambigüedades ni sentidos figurados*, sino términos propios y precisos; en cuanto Sacramento, es de necesidad saber *en qué consiste*; y en cuanto testamento, demanda que sea formulado de manera *que no ofrezca dudas* ni engendre pleitos la herencia.

3. Por consiguiente, si Jesucristo es infinitamente sabio, poderoso y bondadoso, como Dios verdadero; si *sabe, puede y quiere* hacer sus obras perfectas, y la mayor de todas es el Sacramento de su amor; si El nos manda, bajo pena de perder la eterna vida, que nos alimentemos de su carne y de su sangre, forzoso es confesar que en la Eucaristía se contiene real y verdaderamente el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Cristo nuestro Señor, porque lo contrario sería el mayor de los absurdos imaginables.

Probar esta verdad de nuestra fe católica es lo que nos proponemos en el presente capítulo, tomando argumento del mismo hecho de su institución divina: Para ello mostraremos dos cosas:

- 1.º El hecho histórico de la institución de la Eucaristía.
- 2.º Los motivos de la institución.

### § I

#### DE LA INSTITUCIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

4 El corazón de Jesús antes de instituir la Eucaristía.—5. Certamen de amor.—6. Consuelos y encargos que da á sus discípulos.—7. Institución del Sacramento.—8. Sentido católico de las palabras de Jesús.—9. Cumplimiento del vaticinio de Jeremías.

4. ¡Cuán ingenioso es el amor del corazón sacratísimo de Jesús para con los pobres hijos de Adán! Rebeldes é ingratos fueron los judíos para con el Salvador del mundo cuando éste *pasó por la tierra haciendo bien y sanando á todos*; á sonar iba la hora terrible, mucho tiempo antes anunciada por los divinos oráculos para darle muerte ignominiosa. El divino Cordero estaba próximo á caer en manos de sus rabiosos enemigos, quienes con saña impía deseaban ponerle en cruz afrentosa; mas El, ¡oh portento de amor!, sabiendo todo esto, incluso la traición y venta del pérfido Judas, no desfallece

en sus propósitos amorosos para con ellos, y cual si el ser injuriado le sirviera de grande estímulo para prodigarles mayores bienes, mandó á sus discípulos que prepararan lo necesario para la Pascua, y sentado ya con ellos á la mesa (1), les dijo estas memorables palabras: *En gran manera he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de mi Pasión.* (Luc., XXII, 15.)

¡Oh buen Jesús! ¿Qué es lo que dices? ¿Por qué deseas tanto comer esta Pascua con tus discípulos? Es muy sencillo—responden los sagrados intérpretes.—Jesús deseaba ardientemente mostrarles como en epílogo, no sólo el lleno de su omnipotencia, sino el rasgo más sublime del amor infinito que en su corazón sentía hacia ellos; deseaba sustituir la Pascua antigua con el Sacramento de la Alianza nueva; deseaba morir por ellos y ausentarse subiendo al Padre, y deseaba unirse íntimamente á ellos y que vivieran de su misma vida; mas deseaba sufrir horrorosa muerte temporal para que ellos fueran libres de la muerte espiritual.

5. Tales eran los sentimientos encontrados que al mismo tiempo se agitaban en el pecho de Jesús, como pidiendo la preferencia, y entonces se estableció en su corazón amabilísimo el más grande y estupendo *certamen de amor* que jamás presenciaron los siglos. Dos amores—dijo el piadoso Estella—(in cap. XXII, Luc.) enteramente opuestos conmovían el corazón de Cristo; uno impulsándole á salir del Cenáculo, otro á quedarse en él. Uno que le impelía á marchar á la muerte, porque de ella dependía nuestra vida, otro que le retenía en el Cenáculo, porque allí se encontraba el objeto de sus amores; uno que le daba voces diciéndole: «Sal y redime al hombre», otro que clamaba más fuerte con estas palabras: «Quédate. ¿Qué va á ser del hombre si tú te ausentas? En trance tan duro, ¿qué hará el amantísimo Jesús? ¡Pásmense los cielos! Él, en su sabiduría infinita, encontró el medio de satisfacer á uno y otro amor, de ausentarse y de quedarse.» ¿De qué manera? Este es el misterio: salió en su propia persona á la pasión, á la cruz y á la muerte, y se quedó con nosotros en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, *en el cual*, como dijo el Santo Concilio Tridentino, *derramó las riquezas de su amor para con los hombres* (2). ¡Oh amor! ¡Oh prodigio de todos los amores! Consideremos un momento el modo con que lo hizo.

(1) Puesto ya el sol, y entre dos luces. (Exodo, XII, 6.—Math., XXVI, 20.—Marc., XIV, 17.)

(2) In quo divitias sui erga homines amoris velut effudit. (Trident., ses. XIII, canon II.)

6. Lo primero fué hacer un acto de profunda humillación, postrándose á los pies de sus discípulos, lavándoles los pies, á pesar de la resistencia que le oponían; y luego les dijo: *El siervo no es mayor que su señor. Ejemplo os he dado, para que como Yo he hecho, así vosotros hagáis.* (Joann., XIII, 15-16.) Lo cual fué como decirles: «Hijitos míos, voy á instituir el Santísimo Sacramento y á poner bajo las especies sacramentales mi carne y mi sangre, mi vida y mi corazón; todo os lo doy para que os sirva de alimento espiritual; vais á recibirle, y para ello es preciso que estéis *limpios* y que seáis *húmildes*; por eso os he lavado y os doy ejemplo de humildad. Los soberbios y los que no estén limpios de conciencia jamás deben acercarse á la sagrada Mesa.

*Hijitos—continúa el Señor—aún estoy un poco con vosotros.—Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado.* (Joann., XIII, 33-34.) ¡Qué recomendación! ¡Qué ternura! ¡Qué amor!

Pero aún hace más el corazón de Jesús; quiere que crean en su divinidad, quiere que le miren realmente en la Eucaristía que va á instituir; quiere consolarlos y fortalecerlos, y al efecto añade: *¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? En mí habla el Padre cuando yo hablo; en mi obra el Padre todo lo que yo obro. Creedme; yo estoy en el Padre, y el Padre en mí... Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré.—Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que more siempre en vosotros... No os dejaré huérfanos... La paz os dejo, mi paz os doy... No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde... (Joann., XIV.)*

7. Esto y mucho más dijo Jesús como despedida tierna de sus discípulos, como preparación al Sacramento de sus amores, como sello divino de la gran obra que iba á consumir, como prueba ineludible de su real presencia en la Eucaristía. ¡Qué enseñanzas! ¡Qué promesas! ¡Qué bondad!

Oigamos sus palabras divinas, que ya ha sonado la hora del amor.... Todo está preparado; reina un profundo silencio; los Apóstoles están atentos; sus miradas se hallan fijas en su divino Maestro, quien recogiendo en sí mismo, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre por esta hora tan deseada, toma el pan en sus sagradas y venerables manos, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: *TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO.*—Y tomando después el cáliz, dió gracias y se le dió á ellos, diciendo: *Bebed de éste todos, porque* **ESTA ES MI SANGRE DEL NUEVO TESTAMENTO:**

*Haced esto en memoria mía.* (Math., XXVI, 26, y Lucas, capítulo XXII, 19.)

¡Oh buen Jesús! Ya habéis consumado el Misterio del amor; ya le adoran los ángeles con admiración, ya le contempla la Santísima Trinidad con júbilo; ya veis cumplido vuestro ardiente deseo; ya os habéis dado todo entero á nosotros... Ya podéis morir cuando os plazca y volver al cielo de vuestra gloria, pues la Eucaristía será en la tierra el cielo de vuestro amor... Y nosotros, ¡oh! demos ensanche á nuestro corazón, para que no muera de amor por Aquel que por amor nuestro murió en la Cruz, quedándose antes vivo en el Sacramento, para darnos vida sempiterna.

De esta manera portentosa instituyó Jesucristo el Sacramento eucarístico, y confirió á los Apóstoles la asombrosa potestad de consagrar la Hostia, dando principio el sacerdocio de la nueva Ley. (Trid., sess. 22, c. 1.) Y como si en ello quisiera confundir anticipadamente con su divina palabra á los impíos y herejes que en el transcurso de los siglos habían de blasfemar sobre la real presencia de Jesús en la sagrada Eucaristía, dijo también con sus labios adorables: *Porque mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y Yo en él; en mí vive, y Yo en él vivo; vive de mi misma vida y vivirá eternamente.* (Joann., VI, 54, 56, 57, 58.)

8. Ahora bien: el sentido católico, natural y verdadero de las palabras de Jesucristo es el siguiente: «Aquello que era pan y vino antes de las palabras del Salvador, cesó de ser vino y pan desde el momento mismo en que Jesús pronunció las palabras, y realmente se ocultan bajo las especies sacramentales *el Cuerpo, y la Sangre, y el alma y la divinidad del mismo Jesucristo.* Y como el Señor dió igual potestad á los discípulos sus sacerdotes, diciéndoles: *Haced esto en memoria mía,* no es posible negar que actualmente, en nuestros altares, en fuerza de la consagración, y en el momento mismo que dichas palabras sacramentales forman sentido completo, *Jesucristo está verdadera, real y substancialmente en la Eucaristía.*

*Tomad y comed; éste es mi cuerpo. Bebed todos; esta es mi sangre.* Así habló Jesucristo en la institución eucarística, así habla diariamente en nuestros altares. ¿Hay cosa más clara? «Estas palabras—dijo Cardenal Wiseman—son en sí mismas tan explícitas y terminantes, que huelga toda reflexión ó comentario. Nadie acertaría á expresar la doctrina católica con más sencillez, al par que con más precisión y exactitud (1).»

(1) Wiseman: *Conferences sur les doctrines et les plus importantes pratiques de l'Eglise*

9. Allá en lo antiguo anunció el profeta Jeremías que los judíos echarían trazas contra Jesús, diciendo: *Echemos leña en su pan y borrémosle de la tierra de los vivientes.* (Jerem., XI, 19.) ¿Qué tiene que ver, dirá cualquiera, el leño con el pan? ¿Cómo pueden hallarse juntas tales cosas?—Deja de admirarte, alma cristiana, porque todo esto aconteció en figura. El leño es la cruz del Señor, y el pan la sagrada Eucaristía, pues el Pan eucarístico siempre se ha de unir con la Cruz. Jesús es el Pan de vida que descendió del cielo; los judíos le prendieron y clavaron en la Cruz, juzgando que de estemodo acabarían con su memoria, como dijo Jeremías; y lo que hicieron fué unir el Pan con el Leño. Y como la Eucaristía, ó sea el sacrificio de la Misa, no es otra cosa que un memorial de la Pasión, claro es que hasta la consumación de los siglos permanecerán unidos el leño y el pan. He aquí como lo anunciado por Jeremías, y las figuras restantes, de que ya hemos hablado, tuvieron en la institución de la Eucaristía exactísimo cumplimiento.

Pero sigamos contemplando el corazón sacratísimo de Jesús en la noche de la cena, y veamos los motivos que le impulsaron á instituir tan augusto é inefable Sacramento.

*catholique.* (Confer. XV.) Sin embargo, los herejes tuercen el sentido de las palabras de Jesucristo y cada cual las interpreta según su propio capricho ó su refinada soberbia.

Unos dicen: *El pan significa el cuerpo de Jesucristo y nada más.*—Pero esto no puede ser, porque el texto dice: *Esto es mi cuerpo*, y no dice: *Esto significa mi cuerpo.*

Otros añaden: *La gracia es recibida por medio del pan.*—Nuevo disparate, porque Jesucristo no dijo: *Recibiréis la gracia comiendo este pan, sino: comed este pan, que es mi cuerpo.*

Y dicen otros: *La Eucaristía es únicamente una señal, ó una figura en la cual Jesucristo no se encuentra sino por su virtud.* Pero ¿en qué cabeza sana cabe esto?—El texto sagrado no habla del poder de Jesucristo, sino de su presencia real, diciendo: *Esto es...*

Otros, por fin, dicen «que la Eucaristía contiene juntamente la substancia del pan y del vino con la substancia del cuerpo y de la sangre de Jesús». Error también clarísimo, porque el citado texto del Señor no habla del pan y del cuerpo de Jesucristo, sino del pan en la apariencia, que dejó de existir como tal pan y que se convirtió en el cuerpo del divino Salvador. ¡Pobres herejes! ¡Cuánto deliran y cuánto blasfeman cuando se apartan de las vías católicas!

## § II

## DECLÁRANSE LOS MOTIVOS DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCHARISTÍA

10. Prodigios de amor en el corazón de Jesús durante la cena legal.—11. Instituyó el Sacramento por amor.—12. Amor para con su Padre celestial.—13. Amor á su humanidad sacrosanta.—14. Amor á la Iglesia.—15. Amor á los hombres.—16. La Iglesia y el Concilio Tridentino.—17. Resumen y conclusión.

10. ¡Oh corazón divino! ¿Por qué vas al Cenáculo? ¿Por qué ardientemente deseas comer la Pascua con tus discípulos? ¿Por qué, después de la cena legal, tornas de nuevo á la mesa, y bendices el pan y el vino, y consagrado lo das en alimento á los hombres, encargándoles que hagan esto en memoria tuya? ¡Oh! Ya lo entendemos; únicamente *el amor* pudo obrar tan estupendas maravillas. Jesús vino al mundo por amor, de amor vivía, el amor le llevó á la cruz y por amor instituyó el Santísimo Sacramento.

Si á nuestra pequeñez fuera dable penetrar en lo íntimo del corazón de Jesús en aquellos supremos instantes, quedaríamos absorotos al ver con qué afecto, ¡con qué ternura de ánimo contemplaban sus ojos divinos aquel cordero pascual, fijado en la madera, asado al fuego, y puesto (según San Justino, mártir) en forma de cruz, semejanza típica de su crucifixión dolorosa! Aquella era su imagen. Jesús era la realidad; el suplicio espantoso, los hombres ingratos...; sin embargo, el amor no retrocede, toma el pan, lo bendice y lo dió á sus discípulos, diciendo: *Tomad y comed: ÉSTE ES MI CUERPO.*

¡Oh buen Jesús! Detente. ¿Qué haces? ¿Quién es el hombre para que así le engrandezcas ó para que pongas en él tu corazón? (Job, VII, 17.) ¿Para qué quieres anonadarte, y, por decirlo así, desentrañarte, dándote todo entero al hombre, comunicándole tu propio ser, tu propia omnipotencia, entregándote por completo á él en la Sagrada Eucaristía? ¿Qué bienes ó qué beneficios te ha hecho á ti nunca el mundo? Cuando naciste en Belén, te negó hospedaje y tuviste que refugiarte á un miserable establo de animales. Cuando recorriste las regiones de tu patria haciendo bien á todos y sanando á los oprimidos por el diablo, los hombres te prepararon asechanzas y te llenaron de injurias; ahora, cuando te hallas próximo á salir de esta vida, te fabrican una cruz, para hacerte morir en un infame y